

JUAN ARIAS

**EL DIOS EN  
QUIEN NO CREO**

VIGESIMOTERCERA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2002

*A cuantos, creyentes o no, se esfuerzan  
por penetrar la «novedad» del Evangelio*

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Título original: *Il Dio in cui non credo*

© Citadella Editrice, 1969

© Ediciones Sígueme S.A., 1969

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 84-301-0300-7

Depósito legal: S.

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / UE

Imprime: Gráficas Varona

Polígono El Montalvo, Salamanca 2002

## CONTENIDO

1. Un Cristo siempre nuevo .....	13
2. Palabras duras del Evangelio .....	16
3. La revelación de los pobres .....	24
4. Cristo no pide documentos .....	31
5. El código de la libertad .....	39
6. Mi Dios es joven .....	45
7. Convertirse es aceptar la felicidad de manos de otro .....	48
8. Nuestra experiencia de resucitados .....	61
9. Mi Dios es desconcertante .....	70
10. Las preguntas del que no cree .....	72
11. Quién es verdaderamente feliz .....	78
12. Mi Dios es distinto .....	86
13. Cristo no usó el poder .....	89
14. La desobediencia de Cristo .....	96
15. Mi Dios es pobre .....	105
16. La Iglesia que amo .....	107
17. El lado débil de Dios .....	114
18. Mi Dios es frágil .....	121
19. Cómo seremos juzgados .....	124
20. Cristo nos ha llamado amigos .....	135

21. Mi Dios es celoso .....	143
22. Cada hombre es una casa de Dios .....	146
23. La autoridad según Cristo .....	154
24. Mi Dios es gratis .....	166
25. La violencia nueva de Cristo .....	168
26. Por qué está en crisis la esperanza .....	177
27. Mi Dios no tolera los ídolos .....	186
28. Mi Dios es todo .....	193
29. ¿Dónde está tu Dios? .....	196
30. Mi Dios es poeta .....	204
31. El Dios en quien no creo .....	207

## Un Cristo siempre nuevo

Vivimos a caballo de dos mundos: uno que hace agua por todas partes y otro que se nos echa encima irremisiblemente con su tremenda carga de novedad, de interrogantes, de sorpresas.

Desde el lomo de este caballo, no siempre fácil de montar; desde el difícil equilibrio de esta cuerda tendida entre dos orillas cada vez más claras ambas y más oscuras, quiero recoger cuanto abarca mi mirada. Un mirar que se hace idea y una idea que quiere hacerse palabra para no caer en el reproche de Chesterton: «La idea que no trata de convertirse en palabra es una mala Idea». Pero una palabra que lleve el calor capaz de engendrar vida y por eso reflejo de la palabra primera, la vida que se hizo carne y sangre, actualidad humana, esperanza nueva. Es el mismo Chesterton quien dice: «Una palabra que no empuje a la acción es una mala palabra».

Será para mí un pensar en voz alta acerca de este nuevo mundo que se nos cuela ya por puertas y ventanas, y para vosotros un recoger mi pensamiento como el esfuerzo amigo, pobre pero leal, sencillo pero realista, arriesgado pero sincero, de daros lo mejor de mí mismo

Se trata además de una posibilidad nueva que nos brinda el concilio:

Reconózcase tanto a los eclesiásticos como a los seculares la libertad de investigar, de pensar, de manifestar con humildad y con valentía su propia opinión en el ámbito de su competencia (GS 62).

Si son las ideas lo que ayuda a transformar el mundo, ahí va mi pobre puñado de semillas: es un tributo de fe a la vocación dinámica, creadora, cristiana del hombre. Y sobre todo un tributo de fe a la «novedad» infinita de Cristo y de su Evangelio, capaz de seguir sorprendiendo al hombre concreto de cada generación.

El hecho de dedicar estas páginas no sólo a mis amigos creyentes, sino también a quienes viven en la ansiedad de la fe o caminan con dolor y esperanza en la búsqueda de la luz, me obliga a un esfuerzo mayor de sinceridad.

Han sido precisamente los amigos no creyentes quienes me han estimulado siempre de un modo particular a no traicionar nunca mi luz por una errónea condescendencia con ellos.

Quieren que les hable del Cristo que vive en mi fe; de ese Cristo que es nuevo cada instante; de ese Cristo tal como late en las páginas siempre vivas del evangelio y quizás de un modo particular en esas páginas que con frecuencia hemos escamoteado con el fácil pretexto de ser «oscuras»; de ese Cristo que más de una vez hemos tenido miedo de predicar; de ese Cristo que tiene que seguir siendo un escándalo para que pueda ser Dios de verdad.

Hablar de Cristo es hablar de algo que es siempre «nuevo», de algo que es siempre «actual», de algo que borra definitivamente las fronteras entre el ayer, el hoy y el mañana. Cristo no es un personaje del pasado ni una invención del futuro. Cristo no puede ser inventado

por los hombres. Cristo «es» siempre. Pero es más grande, más actual, más nuevo que todo lo que nace. Camina siempre delante; amanece antes que el sol. Y el hombre nunca podrá abarcarlo totalmente. Por eso es distinto cada momento; por eso podemos profundizar en su luz y en sus entrañas indefinidamente.

Por eso un Cristo ya terminado, ya biografiado, ya predicado definitivamente, sin posibilidad de nuevas sorpresas, es un Cristo demasiado pobre que, lógicamente, ha sido rechazado por tantos a quienes hoy llamamos ateos; es un Cristo, un Dios en el que yo tampoco creo. Habíamos empequeñecido de tal modo al Dios cristiano que lo habíamos hecho a la medida de los personajes meramente humanos que tienen un arco de interés limitado en la historia.

Pero Cristo es el único personaje que resiste al tiempo, porque está fuera del tiempo. Él es en este sentido el verdadero futuro, porque todo lo que será, todo lo que vendrá, todo lo que nacerá en la tierra de los hombres ya existe en él.

Pero nosotros tenemos que hablar de Cristo desde nuestro ángulo del tiempo, ya que es el tiempo nuestra única propiedad y es en el tiempo donde nosotros construimos la historia que es ya historia de salvación y comienzo de la pascua final.

Por eso, si es verdad que creer en el futuro, que tener vocación de futuro es tener esperanza en el Cristo siempre presente en todo lo que nace, también lo es que el pasado vive en nosotros, que nuestra justicia debe abarcar todo el arco de la historia, que nosotros somos lo que somos y preparamos el futuro que vive en nosotros gracias a la realidad del pasado que nos ha dado la posibilidad de seguir engendrando la historia.

Por eso se impone una pregunta honrada cada vez que nos lanzamos a profundizar en las realidades de lo nuevo, de lo desconocido.

Y esta pregunta es: ¿qué hacemos con el pasado? Porque es sabido que hoy, la nueva generación, tiene sobre todo vocación de futuro, ya que comprende que «para estar presentes hay que ser contemporáneos del futuro». Y hoy se vive corriendo, con el pie en el metro o en el acelerador del automóvil, y no hay tiempo, ni posibilidad, ni demasiadas ganas de mirar para atrás como las antiguas matronas que, desde sus diligencias de caballos, les gustaba contemplar lo que iba quedando a sus espaldas.

¿Meter, pues, el pasado en la caja de los recuerdos con olor a naftalina? No, porque podríamos caer en la tentación de la añoranza y podríamos perder el autobús entretenidos en contemplar viejas fotografías de familia.

¿Pisarlo como una colilla bajo nuestros pies nerviosos? Tampoco, porque en la prisa podría quedar una chispa de fuego que, encolerizada, hiciera saltar la nueva casa en llamas.

¿Pasar de largo, como se pasa delante de los cementerios que en algunas ciudades se alinean a la orilla de las grandes carreteras? Creo que tampoco. Pero ¡cuántos siguen heridos por la nostalgia provinciana del pasado que sacudía ya a los israelitas en el desierto, que olvidaban el «maná», símbolo de lo nuevo, y preferían y añoraban los ajos y cebollas de Egipto!

¿Qué haremos, pues, con el pasado, nosotros, hombres de una generación más veloz ya que el sonido y con un pie en las estrellas?

¿Qué haremos con el pasado para que, sin pecar de injusticia, no nos sirva de pretexto para seguir sentados sobre las cenizas muertas de lo que ya no volverá a nacer?

Estoy seguro de que las actitudes ante este fenómeno serán muy variadas.

No sé si valdrá para todos, pero para mí fue significativa la lección que me dio un insecto. Sí, uno de esos grandes, magníficos insectos de los bosques.

No sé cómo pudo ser para ir a parar allí contra la gran cristalera del restaurante del aeropuerto de Roma. Allí, pegado al cristal, nervioso, amedrentado, pudoroso, semejaba un novicio metido de repente en el bullicio de una sala de fiestas. Era un raro contraste el cuerpo delicado, impalpable, suavísimo de aquel minúsculo aeroplano de la naturaleza pegado a la ventana que vibraba con el estruendo de los motores en marcha de los Caravelles, de los DC-8, de los grandes reactores internacionales. Era como el choque violento de dos generaciones: era la inteligencia, la técnica, la ciencia, la fuerza creadora del hombre en competencia con la naturaleza, virgen y delicada, pero incapaz de superarse a sí misma.

Pero, quizás por ese instinto primitivo que todos llevamos dentro, por ese beso difícil de olvidar que la naturaleza estampó un día en nuestra carne, yo me olvidé por un momento de los reactores y me fui al mundo de estos insectos para sentarme en el banquillo de su escuela.

Y su lección fue una lección viva y actual: apenas nace la larva, lo primero que hace es comerse su propia cáscara. Cuando más tarde se envuelve en su misma sustancia, en su pasado, y queda suspendida en el presente, inmóvil, en la gran oscuridad, con sensación de inutilidad, le van creciendo las alas. Cuando se siente un nuevo ser, se rompe su envoltura y el sol empieza a llenar de luz el color vivo de sus alas. Allí, a sus pies, ya-

ce su segunda mortaja, símbolo mudo del pasado. ¿Qué hará con ella?, ¿despreciarla?, ¿convertirla en recipiente de basura?, ¿conservarla como recuerdo de familia entre el musgo? No. También ahora se comerá su propia envoltura y, hecha la comunión, se lanzará a la conquista de nuevos mundos.

Yo pienso que el insecto se come su pasado, físicamente, como un símbolo sagrado de respeto y gratitud. El pasado estaba amasado con su propia vida y con la que le habían legado sus antepasados. Y ese pasado no despreciado, sino asimilado, hecho carne propia, debería ser el eslabón imprescindible entre dos mundos que deberían darse siempre la mano.

El insecto que no deja baúles de nostalgias porque se ha tragado con amor su pasado no caerá en la tentación de abandonar su vuelo para sentarse ante su antigua mortaja y añorar, cansado quizás de tanto volar, su antigua vida de gusano tranquilo y gordinflón.

Él lleva el pasado en sus entrañas, construye el presente y prepara el futuro con lo que ha asimilado del pasado y con la fuerza de su nueva vida.

¿No podría ser algo así nuestra actitud ante el pasado, ante el ayer, ante lo tradicional, ante lo que va quedando a nuestras espaldas? ¿Una comunión de gratitud y de respeto para asimilar su sustancia y un caminar hacia nuevos mundos sin nostalgias estúpidas, sin posibilidades de retornos perezosos, pero al mismo tiempo sin escupir sobre lo que nos ha permitido volar, descubrir, avanzar, crear?

No sé dónde terminaría aquel insecto grande del aeropuerto de Roma. Quizás en el bolso perfumado de alguna vieja turista inglesa o bajo la bota implacable de algún fornido mozo de cuerda. Yo lo recordaré siempre

tímido y hermoso, con ese mensaje fuerte de luz que el creador ha dejado grabado para nosotros en la corteza de cada ser.

Y su lección nos acompañará a través de las páginas de este libro, que con gratitud a lo que fue intenta ofrecer una palabra nueva a los problemas nuevos del hombre de hoy.

La historia tiene una fuerza terrible para relegar al olvido a los mayores personajes y las obras mejores que en un momento del tiempo brillaron como estrellas entre los hombres.

Un amigo mío decía en un diálogo con intelectuales marxistas que Cristo es el único personaje del mundo a quien la historia no ha sido todavía capaz de «digerir».

Todo hombre que pasa por la tierra con un mensaje nuevo y con una carga de personalidad deja indudablemente su huella, su tributo, a la gran marcha de la historia. Pero terminan siendo arrollados por la corriente. Su obra habrá contribuido al progreso, pero la persona muere, desaparece.

Sólo Cristo es un ser siempre vivo y actual, incapaz de pasar a la lista de los muertos.

Por eso, es el resucitado, el presente.

Pasan incluso las formas de cristianismo, pero él no deja de ser rabiosamente un hoy continuo.

Él es la fuente siempre viva y nueva que reparte un agua que nunca es vieja. Puede cambiar la arquitectura de la fuente, pueden cambiar las personas y los cántaros que vienen a recoger el agua, pero el manantial es siempre una corriente de vida que se hace indispensable al hombre de cada generación.

Por eso él y su mensaje son una realidad y un programa siempre válidos.

Pasan los libros; se olvidan los mejores premios de literatura, se entumescen las ideas más geniales. Sólo hay un libro que cada mañana es nuevo como el sol, fresco como una planta, actual como un periódico: la Biblia.

Es un fenómeno que me llamó tremendamente la atención ya desde mis años de estudiante. Caía en mis manos un libro que me entusiasmaba y lo leía con pasión. A veces pensaba: «He encontrado mi libro». Lo conservaba como un tesoro: prometía releerlo. Pero mi sorpresa era enorme cuando pasado el tiempo aquel libro ya no me decía nada nuevo. Hasta me resultaba extraño que hubiera podido entusiasmarme un día.

Era algo así como cuando se vuelve después de largos años de ausencia y de haber recorrido una buena parte del mundo al pueblo de tu infancia. Todo te parece que ha encogido. ¿Dónde están aquellas calles que nos parecían enormes, aquellos prados que no terminábamos de recorrerlos nunca, aquel inmenso castillo sobre el monte? Ahora todo nos parece una miniatura, pobre, insignificante.

Sólo hay un libro que nos reserva sorpresas cada día y que cada vez que cae en nuestras manos resulta más impresionante; un libro que no sólo no nos parece superado, sino que conforme pasan los años lo descubrimos más nuevo, más increíblemente actual, más sin confines.

Y no sólo es la actualidad de la Biblia lo que nos admira, sino la fuerza que llevan dentro sus palabras. Fue esta una experiencia que toqué con las manos desde los primeros meses de mi apostolado: ninguna frase, ni la más original, ni la más genial, ni la más cargada de rea-

lismo creaba un silencio tan profundo en quienes me escuchaban como las frases más sencillas de la Escritura.

Más tarde comprendí mejor que no se trataba de una palabra que revelaba el recuerdo de Dios, sino que era Dios mismo escondido en su palabra.

Por eso, frente a una palabra de la Biblia, toda otra palabra del hombre resulta vacía y pobre. Puede gustar y hasta admirar, pero no llega a tocar las fibras más secretas de nuestro ser.

La joven enamorada que lee una poesía de amor puede disfrutar y sentirse acariciada por sus versos. Pero la sensación será muy diversa cuando escucha a través del hilo del teléfono a la persona querida que le dice las cosas más sencillas. En el libro se trata de una palabra bonita sin la persona, en el teléfono es la persona misma, invisible pero presente, real, quien entra en contacto con su corazón a través del ropaje de una palabra «para ella».

Una joven me decía un día: «Tengo un libro con las mil mejores poesías de amor que se han escrito en el mundo, pero debo confesar que ninguna me gusta tanto ni me produce tanta impresión y alegría como el Cantar de los cantares de la Biblia. Allí siento latir a una persona viva».

Un teólogo ha escrito que la mayor estrategia del espíritu del mal durante la Reforma protestante no fue tanto el conseguir la división de la Iglesia cuanto el miedo que desde entonces la Iglesia católica tomó a la Biblia.

Sólo ahora, después de siglos y gracias sobre todo al concilio, la palabra de Dios vuelve a ocupar en la Iglesia su puesto de honor y de primacía. En efecto, el concilio ha colocado de nuevo a la Escritura –como en los mejores tiempos apostólicos y patrísticos– en el centro de la teología, de la espiritualidad, de la liturgia, de la Iglesia misma.

Y toda la Escritura: el Antiguo y el Nuevo Testamento, porque todo es palabra del mismo Dios.

Más aún, estoy convencido de que cada vez necesitaremos adentrarnos más en el Antiguo Testamento para poder descubrir mejor el verdadero rostro de Cristo. Y esto no debe sorprender a nadie. Fue en realidad Dios mismo quien inspiró y reveló la imagen futura de Cristo. Por eso las pinceladas maestras de la persona y de la misión del Mesías están ya descubiertas por el Espíritu santo siglos antes de su venida en las páginas de la Biblia.

Es lo que intenta demostrar precisamente el evangelista Mateo.

Cristo apareció en la tierra siglos después. Él nos habló, se manifestó y hemos dicho que lo que «era oscuro se hizo luz». Pero ¿quién puede afirmar después de veinte siglos que conoce definitivamente a Cristo? ¿Quién ha osado presentar su retrato completo? ¿Quién ha escrito su biografía definitiva?

Guardini ha escrito que si es posible hacer la biografía de un santo, nunca será posible hacer la de Cristo, porque Cristo rompe todas las lógicas, porque se pueden seguir sus huellas hasta un momento determinado pero después se pierden. Cristo es siempre desconcertante. Nadie podrá presentar a Cristo, por ejemplo, como a un asceta, y sin embargo ningún santo fue más libre que Cristo frente a cualquier criatura: «No sólo de pan vive el hombre».

Casi podríamos decir que existen tantos retratos de Cristo como personas le han amado en la tierra.

Los mismos evangelios, que son inspirados y que nos «comunican la verdad sincera acerca de Jesús» (DV 19), en el fondo son una visión parcial de la persona y de la obra de Cristo:

Los autores sagrados escribieron los cuatro evangelios escogiendo *algunas cosas* de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito,  *sintetizando otras o explicándolas* atendiendo a la condición de la Iglesia (DV 19).

El mismo autor del cuarto evangelio, que lo escribió teniendo ante la vista los otros tres, termina diciendo:

Muchas otras cosas hizo Jesús que si se escribieran una por una, creo que este mundo no podría contener los libros (Jn 21, 25).

Nadie puede, pues, pretender, saber todo, ni siquiera de la vida de Cristo; mucho menos de su infinita personalidad divina y humana.

Por eso, estando así las cosas, yo me pregunto si no sería posible que a través del Antiguo Testamento podamos aún conocer o por lo menos profundizar en más de un rasgo del corazón del Cristo histórico y del Cristo de nuestra fe hasta ahora no completamente iluminados.

Hemos dicho quizás con demasiada ligereza que el Antiguo Testamento está ya superado y consumado en el Nuevo, cuando aún podría darnos mucha luz para seguir trazando los rasgos infinitos de Cristo.

Ahora que se empieza a leer un poco más la Biblia muchos cristianos se encuentran con admirables sorpresas, con páginas que nunca soñaron leer en los libros del Antiguo Testamento y que parecen arrancadas al autor religioso más moderno.

Tengo a este respecto una experiencia pastoral interesante. Hablaba hace poco a un grupo de jóvenes universitarios más bien difíciles; fuertemente anticlericales y muy hijos de nuestro tiempo; con inquietud religiosa

pero con fuertes interrogantes acerca de nuestro modo clásico de presentar la espiritualidad; jóvenes que buscaban a Dios, pero que en la práctica renegaban del concepto de Dios recibido en su formación religiosa. Conocían bien el Nuevo Testamento, pero la figura de Cristo –vista sobre todo a la luz de sus estudios oficiales– no acababa de entusiasmarles.

Me pidieron que les diese con sinceridad algunos rasgos del Cristo en el que yo creía.

Mis palabras fueron estas: «Para mí Cristo es el Dios que, por ser el que lo puede todo, es siempre un débil en el perdón. Un Dios a quien su misericordia anula en la práctica su poder. Un Dios que no sólo perdona, sino que excusa para que los hombres puedan volver a él después de su pecado sin sentirse demasiado humillados. Un Dios que ama todas las cosas; un Dios a quien no repugna nada de lo que ha creado; un Dios que mantiene en el ser todas las cosas porque las está amando. Por eso podemos besar la creación, porque flota en ella el amor de Dios. Si Dios dejara de amar algo o a alguien, caerían irremediabilmente en la nada. Por eso, mientras existen están impregnadas del amor del creador.

Un Dios a quien el perdón le es más fácil que el castigo porque las cosas son suyas; porque es creador de la vida; porque él ama todo como jamás nosotros seremos capaces de amarlo. Por eso sólo puedo concebir a Cristo como el Dios amigo de la vida, como el que vive ya presente, por la fuerza del amor con que abraza las cosas que él ha creado y resucitado en la entraña de cada átomo, en el pétalo de cada rosa, en la mirada y en la piel de cada ser humano que ya no es sólo humano, porque el corazón de Dios late con sus mismas fibras y ama con su mismo amor.

Sin dejarme terminar, un joven se levantó y me dijo: «Un Dios así lo aceptaría ahora mismo, pero ¿quién me asegura que es el verdadero Dios y no el Dios que usted se fabrica?». Su sorpresa fue cuando abriendo yo la Biblia le dije: «Puedes estar tranquilo, porque este Dios lo ha revelado así el Espíritu santo. Es una página de la Escritura en el libro de la Sabiduría, que dice textualmente:

Te compadeces de todos porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para que se arrepientan.

Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado?

Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida, pues tu espíritu imperecedero está en todas las cosas (Sab 11, 23–12, 1).

A la reunión siguiente vinieron todos con una Biblia en la mano. La habían hecho «su libro».

## ¿Dónde está tu Dios?

Te escribo a ti que tantas veces me has dicho que no crees. A ti que me preguntas entre nostálgico y escéptico: «¿Dónde has visto a tu Dios?, ¿dónde has sentido su aliento?, ¿dónde oíste crujir sus pisadas?». A ti que me pediste un día al borde de la locura: «¡Dame un trozo de tu esperanza!».

A ti que me confesaste en un momento de grandiosa debilidad: «Mi ateísmo está vacío».

A ti, madre, que ante tu único hijo atropellado por un tranvía me escupiste a la cara lo absurdo de mi fe.

A ti, esposo, que con tu mujer muerta en los brazos después de su primer parto me gritaste a la puerta del quirófano: «¡Dios ha muerto en mi vida!».

A todos cuantos, apellidándoos ateos, me habéis preguntado alguna vez «con fe»: «¿Dónde está tu Dios?», os mando esta carta escrita desde mi balcón abierto a la luz; una luz que sé no es mía o que sólo puedo sentirla mía en la medida en que os la entrego.

¿Dónde está mi Dios?

No os contestaré con el catecismo que en el cielo, porque esa palabra es hueca para vosotros. Ni en el templo, porque vuestra fe en la Iglesia está marchita. Ni en la tierra sin más, porque vosotros vivís pegados a ella y seguís sintiéndola fría. Quisiera deciros que está allí

donde también vosotros le habéis tocado, como yo, pero quizás sin percibir el roce de su presencia; donde habéis oído su voz sin escucharla; donde habéis vibrado ante su beso, sin descubrirle.

Si me equivoco, contradecidme.

Si acierto, querrá decir que, juntos, vamos ya de camino...

\*

Dios está en tu vida vacía. Es todo eso que desearías meter en ella para llenarla.

Dios está donde termina tu bocado de felicidad ficticia. Es lo contrario a cuanto sueles masticar después de haber estrujado tu diosa de espuma entre las manos. Es lo contrario a esa náusea, a esa decepción, a esa amargura, a esa vergüenza de ti mismo, a esa nada que te roe las entrañas después de haber digerido mal tu paraíso de cartón. Es el sol que hubieses deseado ver brillar cuando la tiniebla estalló en tus ojos.

Dios está pegado a cuanto desearías eternizar. Dios empieza a latir donde tú soñarías llegar.

Dios termina allí donde tú nunca hubieses querido pisar.

Está en aquellos ojos llenos de luz que al mirarlos, amándolos, te hicieron más niño, más inocente, más libre; más poeta y más concreto; más pasivo y más vivo; más tierno y más entero; menos «tú» y más «prójimo».

Está en esa sed de limpieza que se despierta en tu boca reseca y pastosa después de toda infección del espíritu o de la carne.

Está a la puerta de cada desengaño; son esas manos invisibles, en las que no crees, pero que desearías estre-

char preñadas de fidelidad, calientes de comprensión, electrizadas de un afecto que resista al tiempo. Es ese corazón que desearías existiera y que se dibuja en tu imaginación y en tu deseo después de cada decepción. Esa fidelidad que fuese al menos como la de tu perro, el único ser que sigue acurrucándose a tus pies. La que tú soñabas fresca y madura como un racimo de uvas sin arrancar aún de la cepa y ahora se te desgrana agusanado entre tus manos encrespadas de odio.

Está Dios en el latido virgen de cada nuevo ser.

Está en la hierba que crece.

Está en el agua que corre.

Está en la vida, porque la vida no muere.

Está en ese manojito de vibraciones que corre por todo el ser de la mujer que acaba de ser madre. En esa corriente de amor nuevo que va desde su hijo hasta el hombre que lo hizo posible. Está en la dicha de esos dos amores que ahora siente juntos, inseparables, inefables: de madre y de esposa.

Dios está también en esa corriente misteriosa que sacude hasta lo más profundo al padre que espera en el pasillo de la clínica saber si ha nacido ya su hijo. Ese algo que le desborda y le obliga a pasear nervioso, a fumar desesperado, a sorber un café detrás de otro, a masticar, distraído, una oración.

Está en eso, que no tiene adjetivo adecuado, y que percibe cada hombre ante la primera sonrisa de su hijo.

Dios estaba en aquella sensación profunda e indescriptible que sintieron millares de personas, durante un programa de radio, escuchando a una joven obrera que decía ante los micrófonos: «Me he levantado de la cama, me he escapado de casa y vengo a traer mi jornal de una semana para que compren una manta para alguien

más pobre que yo. Sé muy bien lo que es el frío porque durante años enteros dormí cubriéndome con trozos de periódicos y soñando que amaneciera para sentarme al sol y dejar de tiritar».

Dios estaba vibrando en cada molécula de aquella joven pastora que, en el corazón del invierno, en medio de sus bosques, saltaba de alegría besando dos violetas blancas mientras decía: «Si Dios no existiera, yo lo crearía en este momento: lo necesito para gritarle mi gozo hecho de violetas blancas nacidas, para mí, entre la nieve».

Dios estaba presente en el corazón y en el primer amor de aquella niña del poema ruso, limpia como un arroyo de plata, que mirando extasiada a Alexander lloraba de dicha mientras decía con un hilo de voz encantada: «Me miro en la luz de tus ojos y me pareces nacido del sol».

Está en la esperanza, sentida o añorada, de eternidad, que te embarga cada vez que besas por última vez la frente helada del ser que nunca pudiste imaginarte muerto.

Está en todo lo que posees con gozo y en cuanto sueñas alcanzar.

Está en eso que sientes en tu carne cuando imaginas una dicha tan grande que te crees incapaz de soportar.

Está en ese instante en que oyes sonar el timbre de la puerta mientras esperas a la persona con quien estabas soñando.

Está en eso que siente cada molécula de tu ser cuando, abrasado de sed, tienes ya el vaso de agua fresca entre las manos.

Dios está allí, en el rincón más secreto de tu vida, donde no llega nadie, donde una voz que no sabes de dónde viene ni a dónde va te dice lo que no querrías escuchar, te recuerda lo que hubieses deseado olvidar, te profetiza

lo que nunca desearías saber. En esa voz que no oyes pero que te grita, que no es tuya pero que nace dentro de ti y que no consigue amordazar ni el sueño, ni el ruido, ni la bebida, ni la carne. Está en esa respuesta que aún no te has atrevido a pronunciar y que adviertes, dolorosa pero eficaz, como una operación quirúrgica.

Está en ese abismo profundo de tu incredulidad. Es eso que sientes haber perdido, que temes no volver a encontrar y que querías poseer aunque te avergüence confesarlo a los demás.

No está tanto en la noche del domingo, cuanto en la tarde del sábado.

Está no en lo que ya has devorado, sino más bien en lo que aún no has probado.

Está en esa brisa que te refresca y te abraza como una caricia de campo, en la mañana de la vida, cada vez que te haces amor para otro.

Está en esa felicidad que te corre por las venas cuando ves estallar en el prójimo una dicha que tú has engendrado.

Está en el gozo del bien que hiciste sin que se enterase nadie.

Está en la paz del lago sereno de tus lágrimas al reconciliarte con tu conciencia y que te envuelve en la sensación de un nuevo despertar a la vida.

Está en toda belleza.

Está en todo gesto de amor.

Está en cada mano que se abre al bien.

Está allí donde respira un ser humano: blanco o negro, inocente o malvado, sano o enfermo, libre o encarcelado.

Está en la tarde de la vida; en el ocaso sereno del anciano; en todos sus recuerdos dulces; en su encuentro con la medida justa de las cosas; en esa cálida esperan-

za de un algo que se resiste a morir. En la alegría de sus nietos que cantan y juegan para él; en la bolsa de caramelos de su hijo ya ingeniero; en el recorte de periódico que habla de su hija que ha triunfado en la vida.

Está en la paz que calienta como una manta en invierno al que se conforma con lo que posee y al que no le desencaja lo que justamente desea.

Está detrás de cada pobre que grita justicia. Está en ese paraíso que sólo puede recorrer con su imaginación y su deseo, donde las injusticias del poderoso han muerto; donde no existen ya tiranías de soberbios; donde la igualdad fundamental y legítima no es una palabra ni un programa político, sino una fruta madura entre los dientes. Donde la libertad se entrega sólo voluntariamente cuando llegamos a amar a alguien más que a nosotros mismos.

Está en el trabajo que realizas con vocación, sin que te embrutezca, ni te devore. En el trabajo que te sensibiliza para la vida, que te fortalece para el amor, que te prepara para comprender y gustar la dicha de empujar la rueda de la creación.

Está en la compañera que te ayuda a aliviar esa soledad que indefectiblemente debe masticar todo ser creado.

Está detrás de la barrera del perdón.

Está en la pasión de toda ambición, de todo estímulo, de toda búsqueda que no asesine al prójimo.

Está en las cosas más insignificantes que puedan darte serenidad, que te ayuden a realizarte, a ser más hombre, a saborear todo lo bueno que te brinda la creación: un cigarro o una flor; una poesía o un concierto; un viaje o una siesta; un minuto de soledad o una hora de fiesta; un vestido o un perfume; un amigo o una taza de café; un beso o una oración.

Está en todo lo bueno que deseas para los que amas.

Está en ese trabajo que agota tu cuerpo pero que alientan tus hijos que esperan pan, cultura y un futuro menos perro que tu presente.

Está en ese descanso, más dulce que el mismo amor, de tu sueño no turbado por una conciencia sucia.

Está en todo eso que no llamas Dios pero que te sientes tentado de adorar, de besar, de fundirte en sus entrañas.

Está en el niño que juega en la calle con el barro y a todos tutea porque a nadie teme.

Está en el hombre que, de regreso de la vida, de la hipocresía, de la mentira, del vicio, siente la necesidad de jugar otra vez, como los niños, al aro y a la pelota y de hacer bailar la peonza y de revolcarse en la hierba y hasta de tirar piedras a los tejados.

Está en el gusto de la inocencia nunca perdida. Está en la paz fuerte y segura de una virginidad recuperada.

Dios está sosteniendo detrás de todo dolor, de todo martirio, de toda agonía, de toda atrocidad, de toda guerra, de toda injusticia, de toda miseria, en ese deseo secreto, agudo, misterioso, purificador de que sea verdad la resurrección.

Dios está en esa fuerza misteriosa que nos mantiene vivos, que nos impide enloquecer, que nos evita el suicidio después de ciertas pruebas criminales de la vida, de ciertas amarguras más crueles y trágicas que la muerte.

Dios está flotando siempre en el mar agitado de nuestra vida, nunca completamente realizada, nunca plenamente satisfecha, nunca inmaculada, como un lejano pero seguro salvavidas.

Dios está en lo que tú apellidas «destino» y yo «providencia» y que se levanta cada mañana más temprano que nosotros.

Dios está en el corazón de toda esperanza verdadera; y la esperanza puede esconderse a veces, como las estrellas, pero nunca apagarse porque es el reflejo del sol y el sol no muere porque es la luz de Dios. Y Dios no cierra sus ojos a nadie. Si lo hiciera, no sería el amor.

Por eso Dios está sobre todo ahí, donde calienta el amor.